

sola esta pérdida, esta pérdida irreparable, no es mas que suficiente, para obligarnos á minorar las visitas, que no son necesarias por motivos christianos? Ya haveis visto quáles fueron los que determinaron à Maria à ir à visitar á su Prima; veamos ahora por las circunstancias de su visita, el modo con que debemos portarnos en las nuestras. Este es el asunto de la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

Aunque hicieramos, señores, por nuestras visitas los mayores prodigios de conversion, y santificacion en las almas; aunque hicieramos al proximo los mas importantes servicios que puede inspirar una viva, y generosa caridad, ya lo he insinuado, y lo vuelvo à decir, nunca las visitas serán utiles para nosotros mismos, si no las hacemos con una pureza de intencion perfecta. El motivo que nos hace obrar,

di-

dicen los Theologos, es principalmente lo que dá el merito, y precio á nuestras obras. Mas quando tuvieramos las mas elevadas, y puras intenciones, si llegamos à olvidarlas al tiempo de nuestras visitas; si en estas visitas no arreglamos nuestras palabras, y nuestras acciones con las reglas de la edificacion, y de la modestia, en vano nos lisongearemos de poder ser en ellas útiles á nuestros hermanos. Es, pues, absolutamente necesario juntar estas dos cosas; esto es, animar, y elevar con un espiritu de christianismo las visitas con que cumplimos, y guardar al mismo tiempo en ellas todas las reglas que nos manda el espiritu del christianismo. Este es el unico medio de cumplir con la indispensable obligacion, en que estamos de hacer nuestras visitas útiles, asi á nosotros, como á los demás. Para llegar, pues, á esto, es necesario mirar con cuidado tres cosas. El caracter de las personas, que se visitan; la naturaleza

de

de las conversaciones, que se tienen, y los modos, con que se sazonan. Qué vasto campo de reflexiones, no me abriría este asunto, si no temiera abusar de vuestra paciencia en una sazón tan incommoda? Seré, pues, breve; y para mostraros en compendio la conducta que debéis observar, os haré brevemente presentes los modelos, que ofrece la festividad de este día.

Mas qué modelos tan admirables! Qué santas, y saludables son las visitas de Jesus, y de Maria! Dichosa Casa, que pudiste encerrar; dichosa Familia, que pudiste poseer tanto tiempo, quanto constituye el thesoro, la gloria, la felicidad del Cielo, y de la tierra! Qué congregación de almas escogidas! Qué tiernas demostraciones de alegría! Qué admirable modestia! Qué inocentes caricias! Qué celestiales conversaciones! Qué canticos de alabanzas! Qué comunicacion de afectos de piedad! Qué práctica de las mas heroycas virtudes!

Qué

Qué efusiones de la gracia! Qué operaciones interiores! Qué mudanzas en los corazones! Qué luces en los entendimientos! Qué milagros de santidad en las almas! Quántos mysterios en solo un mysterio! Un Dios oculto en el seno de Maria, è impaciente de vér á su Precursor debaxo del yugo del pecado, viene, dice San Ambrosio, à hacer las primeras experiencias de su poder, y un ensayo, digamoslo asi, en el alma de Juan Bautista, á quien purifica, de lo que pretende executar en adelante en tantos millones de christianos: *Jam serpunt testamenta salutis humanae.* Un hijo de predileccion, ilustrado repentinamente con las luces de la razon, y de la fé por la presencia del Sol de Justicia, siente, reconoce, adora, dá gracias à su Divino Dueño, y en la imposibilidad de explicarse de otro modo, que con sus pequeños saltos, comienza, dice San Juan Chrysostomo, á cumplir con su ministerio, y

Tom. IV. Dd anun-

anuncia à su Madre la venida del Autor de la salvacion: *Nondum paritur, & properat praecurrere; non sustinet naturae expectare terminos, & studet praesignificare venientem Salvatorem.* Una Muger, que llena de repente del Espiritu Santo, descubre en su Prima la Madre de su Dios, y se halla en un momento instruida del cumplimiento del adorable Mysterio de la Encarnacion; una Muger, digo, que entre tantos motivos de admiracion no se asombra de otra cosa, dice el Santo Evangelista, sino de el honor, que se le hace, de los obsequios, que se le tributan, de las humillaciones de la que es bendita entre todas las mugeres: *Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me!* Una Virgen, que lexos de hincharse con el magnifico elogio, que oye de su grandeza, cae en un abatimiento, que saca de su boca aquel admirable cantico, que San Bernardo llama tan excelentemente el éxtasis de su

humildad; una Virgen, añade el mismo Padre, que siendo tan superior à Isabel, no quiere adelantarse en otra cosa, que en la humildad; que no tiene por verdad otra cosa en las alabanzas, que le tributan, sino los infinitos beneficios de su Dios, y su baxeza infinita, que obligada à confesar, que el Señor ha obrado à favor suyo cosas grandes, protesta al mismo tiempo, que en ellas no tiene otra parte, que la de ser quien las recibe, y que eran necesarios un poder, y una bondad sin límites, para hacer alguna cosa de una tan vil criatura: *Mirabatur personam venientis, commendabat vocem salutantis, beatificabat fidem credentis; magna praeconia, sed devota humilitas, nihil sibi passa retinere, magis in eum universa refudit, cujus in se beneficia laudabantur.* *Tu magnificas Matrem Domini, sed magnificat anima mea Dominum. In voce mea filium tuum perhibes exultasse, sed exultabit spiritus meus in Deo.* *Bea-*
 Dd 2 *tam*

tam dicis, quae crediderim; sed beatam me dicent omnes, quia respexit humilitatem ancillae suae. Dos madres, dice San Ambrosio, que celebran, y publican los milagros escondidos de la gracia, y dos hijos, que, ò producen, ò experimentan en el secreto del materno seno las operaciones de ella; dos hijos, que aun antes de nacer, saben ya desempeñar del modo mas admirable los dos mas sublimes ministerios; y dos madres animadas de el espíritu de sus hijos, que hacen de su conversacion un tejido de oraculos, y profecias: *Istae gratiam loquuntur, illi intus operantur; duplici quoque miraculo prophetant matres spiritu parvulorum.* Vuelvo á decir, quántos mysterios en un solo mysterio!

Van arregladas, señores, á este modelo las visitas del mundo? Qué pasa en ellas? De qué se habla en ellas? Quáles son los efectos de ellas? Ah, qué monstruosa oposicion entre nuestra

tra

tra conducta, y la de Maria! Porque para no hablar aqui del discernimiento, que debemos hacer de personas virtuosas para la eleccion de las amistades, que frequentamos, y del sumo cuidado que es necesario tener para evitar todo trato con gentes sospechosas en materia de costumbres, ó de religion (punto capital, pues de otro modo se caerà luego en el desorden, ó en el error; luego se hallará viciado el entendimiento, y pervertido el corazon) para no hablar del pudor, de la reserva, de la circunspeccion christiana, que debe necesariamente acompañar todas nuestras acciones en medio de nuestras mismas alegrías, de nuestras fiestas, de nuestras diversiones, si acaso pueden, si acaso deben tener algunas los discipulos de Jesus crucificado; limitando hoy precisamente mi asunto á lo que parece menos condenable; de qué tratan, pregunto, las gentes del siglo en sus visitas? Qué tendrían que responder,

der, si les preguntáramos con el Salvador, de qué hablabais en vuestra conversacion? *Qui sunt hi sermones, quos confertis adinvicem?* Se habla de cosas de Dios? Se trata de alguna materia de edificacion, y piedad? Ay de mí! responde Salviano, quién se atrevería en el mundo à entablar semejantes conversaciones? Quién en el mundo las aprobaría? Quién se dignaría de oirlas? Quién las sufriría con paciencia? *Quis audire dignatur? Quis recipit? Quis ferendum arbitratur?* Podrán bien los mundanos responder con los Discipulos de Emaus, que sus corazones se abrasan en las conversaciones que tienen. Mas, ó Dios mio, con qué fuego se abrasan!

Hablarán los hombres entre sí de sus proyectos de ambicion, de sus artificios para engañar á un concurrente, ó para perder á un enemigo, de los medios de satisfacer su avaricia, su venganza, sus pasiones; hablarán de sus grandes negocios, que no son otra cosa, que ba-

ga-

garelas, y menos que nada para la eternidad; de los negocios agenos, que arreglan, que gobiernan, que deciden, segun sus caprichos, y preocupaciones. Son estas unas enfermedades, en que se comunican unos à otros el contagioso veneno, y lo conservan lisonjeando, fomentando mutuamente sus pasiones. Qué cosa mas comun, que oír à personas ya abanzadas en edad, contar sus flaquezas pasadas, y referir con complacencia las aventuras; esto es, las extravagancias de aquel tiempo de embriaguez de su razon? Qué cosa mas comun, que oír à los mozos hacer vanidad de sus locuras presentes, de sus concursos de diversion, de sus excesos de mesa, de las pérdidas, que han tenido en el juego, de las mugeres, que dicen haver engañado, de los vicios, en que andan, y aun de los mismos pecados, que muchas veces no han tenido aliento de cometer? Qué cosa mas comun, que oír à los Libertinos poner escandalosamente

en

en duda las capitales verdades de religion, desacreditar sus ministros, hacer burla de las cosas mas santas, de los piadosos ejercicios mas autorizados, de las personas de virtud, que los practican, sembrar una doctrina moral detestable, hablar con la mas abominable disolucion? Qué cosa mas comun, que oír afirmar quanto se dice, hasta las cosas mas indiferentes, con fastidiosos juramentos, y con blasfemias tan indignas de un hombre de honor, como execrables en la boca de un christiano? Tales son las conversaciones del mundo. Las señoras se buscan unas á otras con ansia, y siempre tienen mil cosas que decirse. Oíd sus conversaciones. Qué cosa mas inutil? Qué cosa de menos substancia? Qué cosa mas fria? Qué cosa mas pueril? Qué cosa mas extravagante? Esta, compasiva de sí misma, y que quiere que todos la miren con compasion, trahe siempre la conversacion á las incomodidades de la estacion del
tiem-

po, y á una molesta relacion de sus achaques imaginarios. No se ocupa, ni ocupa á las demás en otro asunto, que en sus vapores, que en sus jaquecas, su falta de sueño, sus dolores. Aquella, llena la cabeza de vanidad, y apasionada de las galas, ni sabe, ni ve, ni oye, ni entiende, sino lo que mira al arte de prenderse; la moda nueva, el precio de un vestido, un abanico, un juego; la gracia de un peynado, conversaciones sin fin sobre la eleccion, y colocacion de los colores, sobre el buen, ó el mal gusto de las otras en vestirse; estúpida, y muda en qualquiera otro asunto, jamás se cansa de hablar de unos negocios de tanta importancia. La otra, curiosa, y disipada hasta no mas, y deseosa de saberlo todo, para publicarlo todo, sabe contar en media hora quanto es inutil saber; esto es, las frioleras mas ridiculas, que suceden en toda una Ciudad. Nada se escapa à su memoria demasiadamente fiel. O, Dios
Tom. IV. Ee mio!

mio! qué miseria no saber de qué hablar, y sin embargo, no poder callar! Es posible, que personas por otra parte de razon, y entendimiento, se abatan, y se envilezcan de un modo tan digno de lastima, que aun el detenerse à condenar sus necias conversaciones, podrá tal vez parecer abatimiento de la Cathedra del Evangelio? Sin embargo, no he hablado aún sino de las conversaciones, que son mas inocentes. No quiero tratar de aquellas almas altaneras, delicadas, puntosas, à quienes una falta de formalidad pone luego de mal humor; à quienes una palabra dicha inocentemente enciende en colera, que quieren ser en todo las primeras, llevarlo todo tras sí, mandar en todo; que ni saben, ni quieren complacer, ni perdonar cosa alguna à las demás, pretendiendo al mismo tiempo, que se les disimulen hasta el modo mas rustico, y los mas groseros defectos. No quiero hablar de aquellas murmuradoras, cuya boca der-

derrama tanta hiel, como palabras; que hacen consistir todo su merito en arruinar el de los ausentes; que mofan, muerden, condenan, despedazan indiferentemente quanto encuentran, quanto cae en sus manos, sus ojos, sus lenguas. Y qué no cae en ellas? No quiero hablar de aquellas falsas devotas, que llenas de sí mismas, y muy satisfechas de una corteza de virtud, se dan llanamente por modelos; que se creen con derecho de ser duras, enfadosas, insufribles à todo el mundo, que lloran los desordenes, y se hacen las reformadoras del genero humano; juzgan con malignidad por muy débiles sospechas, reprehenden sin juicio en donde es necesario callar, y censuran indiscretamente lo que debieran disculpar; de estas pretendidas sábias, que sobervias, con la leccion de un libro prohibido, ò con el trato de un Libertino, piensan hacer opinion entre otras ignorantes, se atreven à justificar con insolencia lo que

la Iglesia condena, y se entrometen á tratar con magisterio materias, que ni supieron, ni sabrán jamás; de estas licenciosas, que habiendo roto los límites del pudor, se erigen en maestras del galanteo, dán lecciones de él, hacen gala de la desvergüenza, cuentan como hazañas, y conquistas sus aventuras, sus lances secretos, y vergonzosos, se toman la libertad de hablar en asuntos, que sacarian al rostro los colores á los hombres mas disolutos. Tales son las conversaciones del mundo. Es necesario decir algo de aquellas visitas, en que concurren hombres, y mugeres, de las que se tienen à solas, que son infinitamente mas peligrosas, que las Comedias mas perjudiciales? Aquellas conversaciones son el original de que apenas son copia las Comedias. Vosotros, señores, lo sabeis. Hay artificio alguno, que no se haga jugar para perderse, y para emponzoñarse los unos á los otros? Mentiras, disimulo, alabanzas, lisonjas, condescendencias

cias sin límites, enojo fingido, despedidas afectadas, desconfianza aparente, zelos, despecho, amenazas, desesperacion, templanza, reconciliaciones, promesas, juramentos, expresiones apasionadas, baxezas indignas, modos extravagantes de un hombre, que ya no tiene libertad, flaquezas, y vergonzosa credulidad de una muger que se ciega, y se olvida de sí misma; cien cosas mas, que me embaraza decir la santidad de este lugar, y otras ciento, que ignoro, y soy dichoso en ignorarlas. Cubramos con un velo estas infames visitas: tales son las conversaciones del mundo.

Mas quales son los efectos de nuestras visitas, y de nuestras conversaciones? Haveis hecho, señores, jamás reflexion sobre esto? De este infeliz origen nacen casi todos nuestros desordenes. En efecto, de qué provienen tantos chismes, tantas murmuraciones, tantas embidias, juicios temerarios, quejas, disensiones, resentimientos, venganzas?

No